

DE LA MANO

MARÍA JOSÉ COLLADO

Universidad de Jaén

Hablar adecuadamente sobre la obra plástica de Miguel Ángel Tornero obliga a remitirse a la ciudad de Baeza, donde nació, y a un entorno familiar caracterizado por el amor y la dedicación al arte fotográfico. Se ha de mencionar a Antonio Tornero, su padre, como uno de los nombres más destacados del panorama artístico giennense¹. Y a su madre, Catalina, también fotógrafa, que aprendió y trabajó en el estudio de su abuelo Cristóbal Cruz². Es, por tanto, el medio fotográfico en el que ha crecido, a lo que ha sumado su formación universitaria en Bellas Artes, el sólido fundamento sobre el que ha cimentado una interesante trayectoria profesional.

El punto de partida del trabajo de Miguel Ángel Tornero está muy relacionado con la creación de un gran archivo fotográfico, eminentemente digital, que ha ido recopilando a lo largo de los años y que ha convertido en el material para su obra artística. Plantearse enmarcarlo entre fotógrafos o no resultaría una tarea estéril, habida cuenta del discurso artístico actual que nos remite a una “fotografía después de la fotografía” o posfotografía³. De ahí que categorizarlo pueda ser algo práctico para neófitos, pero un sinsentido para quienes se acerquen a su obra y descubran cómo esta ha tenido gran parte de motivación en la experiencia vital de su creador “desmontando etiquetas”.

La dificultad de catalogación de su obra en un único y simplista género artístico comienza ya desde sus inicios creativos, con sus primeras propuestas presentadas en exposiciones por los años 2003-2004. Sus herramientas eran una cámara digital (que compró cuando acabó sus estudios universitarios y que por entonces pocos tenían), con la que recogía imágenes de la realidad que le rodea de forma compulsiva, y un laborioso trabajo de edición de imágenes. Aunque no ha abandonado esta técnica, Miguel Ángel Tornero ha ido manifestándose como un artista inquieto y atento a la expresión de un riquísimo mundo interior que se deja traslucir en sus obras. Mientras, en paralelo, realiza una interesante reflexión sobre la propia manifestación artística. Todo esto le ha llevado a ir jalonando su camino con una serie de quiebros que le han hecho evolucionar, en función de los proyectos en que trabajaba, en distintas direcciones estéticas. Todo ello, sin abandonar en ningún momento una muy especial condición de narrador.

1. J. M. Almansa Moreno y J. M. Martín Robles. *50 años de artes plásticas en Jaén. Creación, medios y espacios (1960-2010)*. Jaén: Instituto de Estudios Giennenses. Diputación Provincial de Jaén, 2016, pp. 575-576. En la relación de artistas recogida en este texto se dedican sendas entradas a Miguel Ángel Tornero, destacando su todavía corta carrera profesional, reconocida con una importante participación en exposiciones y premios obtenidos, y a su padre, como uno de los principales representantes de la pintura y la fotografía de la provincia. Sirvan estas palabras de humilde reconocimiento a D. Antonio Tornero tras su fallecimiento en la pasada primavera. *S.T.T.L.*

2. Algunas de las reflexiones sobre la obra de Miguel Ángel Tornero provienen de una larga charla con el artista en Baeza en los días previos a la preparación de este texto.

3. J. Fontcuberta. *La furia de las imágenes. Notas sobre la postfotografía*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2016, p. 53.

En su *Pretérito imperfecto compuesto* o en su *Collage courage* nos muestra unas realidades fragmentarias construidas con espacios, elementos, objetos y personas que están a nuestro alrededor y que, por tanto, se convierten en motivos iconográficos identificables. En el proceso de recepción de estas imágenes el espectador puede encontrarse más o menos cómodo desde el instante en que reconoce la figuración que se nos presenta. Sin embargo, en el intento de empatizar con ellas puede sentirse paradójicamente extraño ante estos fragmentos, que contactan, friccionan entre ellos, se unen con otros creando curiosas o “perversas imágenes”, como dice el mismo Miguel Ángel.

Esta extrañeza ante lo cotidiano es, en mi opinión, una de las características más singulares de la obra de Miguel Ángel Tornero. En sus frotomontajes encontramos un imaginario de gran intensidad figurativa. La fuerza que destilan proviene, sin duda, del instintivo acto creativo al que somete esos objetos que fotografía y monta, los conceptos sobre los que reflexiona y como manipulando, trastocando, sirviéndose del juego, del fallo y el azar. Finalmente presenta un resultado que es un constructo que da respuesta a la enorme necesidad de comunicar que tiene el artista. Esas obras se exponen ante el espectador como el reflejo de un mundo artísticamente independiente y estéticamente complejo. Un mundo propio enmarcado por unas coordenadas que no lo concretan, sino que sugieren algo que es realidad y a la vez ficción. Un relato en el que la narración se consigue con un ritmo marcado por recortes de imágenes y silencios. En esa narración contenedora de un mundo muy personal se muestra una situación irreal pero creíble. Una cotidianeidad inverosímil⁴ que nos deja ver objetos entre los que nos movemos diariamente. Sin embargo, el proceso creativo al que han sido sometidas las lleva a presentarse como algo que no parece verdadero.

Miguel Ángel Tornero nos implica en su particular visión de las cosas que le rodean ayudándose de recursos semióticos que pasan por la contradicción y el divertimento. Un ejercicio de especulación estética que expone ante nosotros, espectadores, un *collage* a modo de microrrelato. Porque su intención es transmitirnos algo. Pretende contarnos una historia o solo un fragmento de una historia, y para eso entiende como necesario suscitar nuestro interés emocionándonos. Para ello crea una secuencia narrativa con sus propios códigos. Así, el mensaje podrá ser aprehendido y completado con una interpretación que queda fuera del alcance del artista. Su modo de trabajar le pone al descubierto como sujeto y creador de su tiempo. Consciente de que vivimos en una cultura saturada de imágenes que producimos, captamos, enviamos, compartimos, descargamos. Nos enfrenta a una visión caleidoscópica de la realidad que nos lleva a replantearnos nuestra propia mirada.

Cualquier espectador, independientemente de que vaya hasta un museo o una galería, puede ser receptor de una propuesta artística, creada intencionadamente o no, pero al fin y al cabo “una historia que dice algo sobre alguien”⁵. Esta introspección por parte del artista baezano en el *continuum* de la producción-recepción de imágenes es lo que le lleva a dotar a sus obras de una impactante carga simbólica que llame la atención de ojos y mentes anestesiados ante tanta vorágine visual. Con la utilización inteligente de recursos que están al alcance de un *click*, sus propuestas nos implican en el agobiante enfrentamiento de una retrospectiva visual a base de recortes. Esos que nos golpean de modo

4. R. de la Calle. “Crear imágenes, fingir objetos”, en *Eme*, nº 1, 2013, pp. 53-54.

5. Miguel Ángel Tornero desvela el hecho creativo-narrativo que puede encontrarse en el historial de descargas de imágenes que hacemos desde nuestro ordenador o *smartphone*.

fragmentario sin tiempo para ser procesados completamente. Algo que, sin duda, manifiesta una actitud creativa de gran honestidad y coherencia conceptual y formal.

Una línea de investigación artística para Miguel Ángel Tornero es la que se ha ido consolidando en torno al establecimiento de un acto comunicativo con el espectador a través de sus fotomontajes. Basando su eficacia en el reconocimiento de objetos cotidianos y en la relación que estos toman según la prescripción⁶ del artista es como ha ido conformando una clave de acceso. Una llave que nos permite adentrarnos en lo que el propio creativo dice que es una “épica de lo cotidiano”. Obviamente, una alusión a su fijación por objetos sencillos o espacios habituales que, tras ser extraídos de su contexto y manipulados, se convierten en personajes de un relato susceptibles de ser presentados en un espacio expositivo.

La capacidad de transformación de las imágenes convertidas en su representatividad, en algo aparentemente distinto a lo que originalmente eran, genera un código de comunicación particular. Un lenguaje propio que puede incluir errores sintácticos o expresiones “no correctas” que, sin embargo, no le impiden llegar hasta el receptor. En el intento de obviar premisas que encorseten su trabajo es como debemos entender la experimentación llevada a cabo en la publicación de un fotolibro, de gran éxito⁷, sobre el proyecto completo *The Random Series*, desarrollo del anterior de 2010 que completaba la exposición en Berlín *The Random Series –Berliner trato*⁸.

El proyecto *The Random Series* se desarrolló en tres ciudades diferentes: Berlín, Roma y Madrid⁹. El propio artista las enumera a modo de capítulos: —*Berliner trato* (anteriormente citado), —*Romananzo* y —*Madripleño trip*. Con ellas podemos descubrir cómo se aproxima al paisaje urbano a través de una visión curiosa, como la de un paseante distraído que deambula despacio entre las imágenes que se dejan captar por su objetivo. En una segunda fase del proceso creativo está su acto electivo. Ese que le funciona como un reducto de solitaria libertad en el que plantear relaciones aleatorias, interferencias, sumas y oposiciones que van dando lugar a una obra con sus personales referencias¹⁰. Más bien autorreferencias a su entorno, a su memoria o a su historia que acaban significando la paradoja, e incluso la “greguería” de sus obras.

6. J. Fontcubera. “Por un manifiesto postfotográfico.” <https://www.lavanguardia.com/cultura/20110511/54152218372/por-un-manifiesto-posfotografico.html> (fecha de consulta: 26-07-2019).

7. Fue Premio Nacional al mejor libro editado de Arte en el 2014 y Mención especial en Les Rencontres d’Arles del mismo año. Supone una vuelta de tuerca a la impresión y edición de un libro que pudiera parecer el resultado más convencional de esta propuesta, pero que, sin embargo, transformó en un juego intencionado con el lenguaje, su expresión y su traducción, además del desorden de pliegos impresos antes de ser encuadernados. El resultado es un texto sin lógica aparente y una obra única surgida de la concurrencia del azar. Es altamente recomendable ver el vídeo que Miguel Ángel Tornero tiene colgado en su web en que se recrea la sencilla experiencia de ir pasando las páginas del foto libro mientras se escucha la locución del texto traducido por Google Translate. Aunque con incoherencias gramaticales y sintácticas, el mensaje llega hasta nosotros a través de una voz que resultará “familiar” a quien haya utilizado la herramienta que ofrece Google en su versión de navegador.

8. Los estímulos y sensaciones que Miguel Ángel Tornero había captado con su cámara en su estancia en la ciudad alemana se transformaron en masa visual a la que dar forma. Esta propuesta expositiva se organizó con una serie de fotocollages en torno a una instalación de un pretendido kebab del que se habían ido fileteando cientos de imágenes impresas que se esparcían en su base.

9. Ha realizado residencias artísticas en lugares como la Academia de España en Roma (2012/13) o Künstlerhaus Bethanien en Berlín (2010); Madrid es la ciudad en la que vive y trabaja actualmente.

10. M. Pérez Jiménez. “Reconsideraciones sobre la representación fotográfica en la era digital”, en *Revista de Bellas Artes*, nº 10 (2012), p. 84.

Su evolución le ha llevado a trabajar sobre la materialidad del soporte fotográfico y la fragilidad de la imagen fijada en él. En su proyecto *Photophobia*¹¹ fue sumando a sus *collages* también instalaciones. Objetos y materiales que le ayudan a dar un salto adelante en el proceso de conceptualización de algunos de los temas más universales del arte. La caducidad de objetos y valores, el efecto del paso del tiempo y la luz y el exceso de esta sobre la imagen. A la vez que nos introduce en una reflexión de fondo sobre el riesgo de la sobreexposición. Una intimidad expuesta en una cantidad de imágenes abusiva, que producimos y recibimos sin pudor y sin medida en la sociedad actual. Sin duda nos enfrenta, desde su particular punto de vista, a un polémico tema de debate de nuestro tiempo.

Las series que ha estado produciendo Miguel Ángel Tornero en los últimos años cuentan con varios factores en común que ya se han constituido en una seña de identidad del artista: los paisajes y los elementos que los habitan, y los objetos cercanos. Sin embargo, lo que empezó siendo una tímida apuesta al plantear la inclusión de elementos más matéricos o escultóricos, pasando por instalaciones y montajes tridimensionales, ha derivado en un tipo de *collage* más tradicional. Un *collage* en el que el “corta y pega” ya no es digital, sino manual.

Producto de la necesidad de comunicación y reflexión sobre el propio hecho creativo y en el intento de seguir explorando sus posibilidades es como “su trabajo se radicaliza”, según sus propias palabras. Se vuelve una experiencia personal creativa más directa y en la que se sumerge para dar más cabida, si cabe, a su propio instinto. Algo que él valora mucho. Una creación que surja de lo más profundo y que no esté dirigida (en la medida en que reconoce las enormes dificultades que esto tiene) por corsés estéticos u obligaciones impuestas por modas y corrientes en el mundo artístico.

Con esas premisas tan personales a las que Miguel Ángel quiere permanecer fiel y que han estado presentes como constantes de una ecuación a lo largo de una carrera de más de quince años, se puede comprender este movimiento pendular que supone la vuelta al *collage* de las Vanguardias en los inicios del siglo XX¹². En su intento de ser el propio artista quien controle hasta el final todo el proceso de materialización de su obra, no creando algo que acabe siendo un producto estándar o fácilmente reproducible. Una vuelta a ese estadio en que la obra ideada y producida por el artista aún no había sufrido el robo de aura por parte de los medios de reproducción de la imagen, como hizo, entre otras, la fotografía. La creación de obras únicas, en las que no hay planteamientos apriorísticos ni límites de géneros impuestos, es el camino que explora en las últimas series como *La noche en balde*, que ha presentado en sus últimas exposiciones. El gran formato y el desarrollo de panorámicas con el que llevaba expresándose Tornero mucho tiempo ha ganado una dimensión y se convierte en un entorno más envolvente que nos obliga a transitar por esos irreales paisajes, cada vez más oscuros e inhóspitos de nuestra cotidianeidad.

SUS ICONOGRAFÍAS

Una visión global de las obras de Miguel Ángel Tornero nos lleva a concretar una serie de temáticas que se podían calificar como iconografías recurrentes. Tal y como se apuntó con anterioridad, el paisaje sería una de ellas. Los *colla-*

11. Con este trabajo preparó varias instalaciones como: *Algo de vida fotosensible*, *Looking Was Serious Work but also a Kind of Intoxication* y *Esperando a Houdini*, en las que utilizó papel fotográfico, papel velado, fotografías encontradas, gomaespuma, paneles aislantes, plantas con flores y reflectores.

12. N. Bravo Ruiz. “Sobre el Fotomontaje Dada”, en *Norba Arte*, vol. XXX (2010), pp. 153-172.



De arriba abajo y de izquierda a derecha: *Un caso realmente complicado*, 2004. Collage digital, 42,5x200 cm. *La lluvia en Sevilla*, 2007. Collage digital, 140x190 cm. *Pain Killers (comité de expertos contra el dolor)*, 2011. Collage digital, 110x180 cm. *Retirada*, 2007. Collage digital, 150x190 cm. *Sin título (El charco)*, 2005. Collage digital, 90x90 cm. *La próxima vez no dejare que me encuentres*, 2006. Collage digital, 100x290 cm.

ges con vistas urbanas, de caminos o extrarradios de las ciudades son una línea de trabajo en la que parece sentirse a gusto¹³.

A propósito de su obra *La tierra inculta*, el mismo artista habla de ella como un espacio no físico que presenta elementos reconocibles, y explica que su pretensión es realizar una aproximación emocional al paisaje. Una representación verista de su entorno no le interesa¹⁴. La técnica del *collage* (indistintamente digital o artesanal) sigue siendo su herramienta creativa. No se pone límites y se siente libre en este tema, capta algunos elementos agrestes de una forma intuitiva y muy directa. Así es como crea unas imágenes que han ido derivando en escenarios silenciosamente oscuros e inquietantes. La luz solo llega a desvelar el recorte del perfil de unos cardos, de las grandes hojas de pitas, siluetas de ramaje. En sus propuestas más recientes, acorde a una evolución lineal, ha ido evitando la figuración humana. Ahora nos presenta un espacio más envolvente y absorbente al que acercarnos sin saber qué habrá más allá.

El paseo que nos propone por estos paisajes puede resultarnos incómodo, pero a la vez estimula nuestros sentidos, al obligarnos a fijar nuestra atención en esa periferia y los objetos que la habitan. Los contrastes de sus montajes son tan bruscos como los claroscuros que definen esas superficies, que ahora han ganado en calidades táctiles. Tememos arañarnos con las espinas mientras los recorremos.

Es otra vez un ejercicio conceptual, el modo en que la mirada del artista nos guía por una senda que difícilmente hubiéramos intentado recorrer si no es con su obra. Reflexión sobre los límites, la fricción, los objetos que en pocas ocasiones han captado el interés de la representación artística y que Miguel Ángel convierte en centro de un discurso tremendamente poético. El viaje, el camino, la incertidumbre del paisaje cercano.

Todos estos elementos se incardinan sin solución de continuidad con otro de los temas básicos de su propuesta: los objetos o naturalezas muertas. La humanidad que pone en ellos es algo más que un adjetivo. Lo que era el mundo sustantivo del hombre pasa a los objetos, y el “yo”, esa particular visión de sí mismo y de todos nosotros como espectadores, reaparece en estas obras narrando sus propias historias. Deja ver su afectabilidad, en su más amplio sentido, de todo aquello que le conmueve. En ese viaje, a través del abandono de “cosas cotidianas”, se muestran pequeñas heridas o brechas con las que el artista se expone en una confesión íntima y personal. En ellas se pueden llegar a entrever sus miedos en ese espacio desprotegido que son sus *collages*.

La contemplación de esos “bodegones” es un acto al que el espectador está acostumbrado. Su deambular diario se colapsa de imágenes fragmentarias, tal y como las compone Miguel Ángel Tornero, y ante esas realidades pasajeras surge la evocación de un tiempo no real. En ellas la manifestación objetual es una mera ilusión construida. Y en esa selección de apariencias llevada a cabo por la decisión artística reside la capacidad de provocar en nosotros, como espectadores, una extraña paradoja de deseo y desazón. Porque esas cosas que nos acompañan “desde siempre” nos

13. Un repaso de esta temática se puede hacer por las series que Miguel Ángel Tornero presenta en su página web: *Pretérito Imperfecto Compuesto*, *Camino a Cortijo Maravillas*, *La noche en balde*, además de las que ha preparado para distintas exposiciones colectivas.

14. H. Steyerl. *Los condenados de la pantalla*. Buenos Aires: Caja Negra Editora, 2014, pp. 17-18.

muestran una mera apariencia, una ilusión de posesión y cercanía, una ficción que se manifestará como tal al descubrir su transitoriedad. Sin duda el símbolo de la tragedia cotidiana ante lo fugaz de nuestro paso por la vida, a modo de una “*vanitas* barroca” traída al siglo XXI.

A MODO DE CONCLUSIÓN. Y NO ES EL FINAL

No se puede intentar concluir este texto sin apuntar hacia dónde dirigirá Miguel Ángel Tornero esa mirada inocente que tan celosamente intenta conservar. Actualmente se enfrenta a retos profesionales y personales que son propios de un artista que difícilmente enumeraríamos entre jóvenes promesas. Está embarcado desde hace unos años en un espacio de trabajo común en Madrid, Nave Oporto. En este estudio abierto, sus integrantes dan, a la par que reciben, el apoyo necesario para una supervivencia artística que posiblemente sería más precaria en solitario¹⁵.

La producción audiovisual es actualmente para él una vía de experimentación por la que no tiene claro si pudiera decantarse en un futuro, aunque modestamente ve como un campo muy complejo. Pero no descarta nada. Lo que más le interesa es continuar contándonos cosas, narrando sus historias y haciéndonos preguntas. En definitiva, conectar con nosotros. Esto es algo que le preocupa. Se plantea si el modo de trabajar que ha elegido le separa de la gente. Incluso cuando su obra se ha hecho menos amable visualmente, y críptica para algunos, sigue interesado en emocionar con sus propuestas.

Es consciente de que el panorama que se presenta será muy exigente. Él tiene los medios y la formación sobrada para reconocer que en determinadas ocasiones tendrá que hacer concesiones y darle al público una obra más fácilmente digerible. Sin embargo, esta opción le cuesta y se resiste. Ese modo de actuar de un bebé del que él habla (y sobre el que sus colegas le hacen bromas) es algo que no quiere perder. Sabe que es prácticamente una misión imposible, habida cuenta del bagaje cultural y emocional que atesora. Pero siempre que le sea posible quiere pensar que aún puede trabajar instintivamente, aislándose de condicionantes exteriores y a la vez siendo observador privilegiado del mundo que le rodea.

Ese mundo que está ahí, a nuestro alcance, reflejado en la mirada de Miguel Ángel. Esa que es a la vez curiosa y discreta, inquieta y, por qué no, inquietante. Con ella seguirá trabajando para llegar hasta nosotros y hacernos recorrer nuevos caminos, o quizás no tan nuevos, pero todos de su mano.

15. www.madriz.com/en-el-estudio-nave-oporto/ (fecha de consulta: 02-08-2019).